

Las repúblicas bien ordenadas

Carmen Calvo

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.»

Bajo este título cervantino, de origen moreano, se acunan las intenciones reformistas y progresistas que el autor de Don Quijote contraponía a «éstos tan calamitosos tiempos» [I,9] o a «éstos nuestros detestables siglos» [I,11]; del mismo modo que la anhelada «edad dorada» se opone «la depravada edad nuestra» [II,1] o «La

edad tan detestable» [1.38]. Una edad «donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste o bellaquería» [II,11]. Un universo donde «la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo» [II,18] triunfan.

La disconformidad que reiteradamente presenta Cervantes, influenciado por el humanismo-renacentista, frente al sistema social del feudalismo, la injusticia..., se explicita contundente en el discurso de la Edad de Oro:

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío» [I,11].

Es reconocido que Cervantes era profundamente culto; de ahí que no extraña su conocimiento de los escritos de Ovidio (*Metamorfosis*), Virgilio (*Bucólicas*) o varios textos del cordobés Séneca acerca de la fundacional Edad de Oro y disponga a pronunciar a Don Quijote el famoso discurso homónimo y, además, ante unos cabreros, en un ambiente bucólico-pastoril. El discurso contiene referencias acerca de un espacio soñado en el que reinaba la libertad y la paz, la verdad y la justicia, la concordia. Se refleja una república, que al igual que la imagen de las laboriosas abejas son las obras las que definen a los linajes y en la que no hay espacio para los ociosos: «la gente baldía y generosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen».

De este modo serán la acción y la conducta el criterio que define hondamente al hombre. Para Cervantes no será la cuna y ascen-



Sábetete Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro

dencia social las que determinen a la persona. Esta idea la refuerza reiteradamente, por ejemplo al referirse a Dulcinea, una labriega, «en lo del linaje importa poco» [I, cap. XV]. En otro lugar dirá: «*Sábetse Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro*», en el capítulo XVIII del Primer Libro. Ya es conocido cómo Sancho se irá qui jotizando, de ahí que contesta a las moñas del barbero: «*Y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir a Papa*» [I,47]. Y en este orden acuden citas recogidas de los consejos que Don Quijote da a su escudero de responsabilizarse del Gobierno de la «ínsula Barataria»: «*Mira, Sancho, si tomas por medio la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que tienen, príncipes y señores; porque la sangre es heredada, y la virtud se conquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale*» [II, 42]. Tales consejos bien nos recuerdan los que da otro cordobés, Maimónides, en su *Ética* aún inédita en castellano y que con motivo de su VIII Centenario se publica. En esta relevante obra, Maimónides defiende que la dignidad humana depende de las cualidades interiores del hombre.

Para habilitar o recuperar la utopía de la Edad de Oro, Alonso Quijano decide hacerse caballero andante y «*desfaciendo entuertos... para el servicio de su república*». Y en esta tarea implicó a Sancho. Dos personajes complementarios, que no antagónicos, pues representan la doble dimensión de la condición humana (realismo/idealismo) entre el ser y el querer ser. A Sancho, Don Quijote lo «utopiza» y zarandea a fin de que no se aquiete en la opacidad de la realidad; a la par que Sancho acota la tendencia a violentar o desfigurar la realidad por parte de Don Quijote. Ambos se empeñan en una aventura real, que aspira a la transformación de su universo. Y tal proyecto de cambio afecta no sólo a lo que les rodea sino también a sí mismos. Y éste es el auténtico sentido de la utopía qui jotesca. Un modelo que no cierra ni oficializa, sino que abiertamente navega entre esperanzas y desesperanzas, éxitos y fracasos. Lejos de ser evasiva o escapista para huir de las frustraciones, se inmiscuye en la realidad, criticándola, y aspira a superarla creando universos alejados de la hipocresía y de los falsarios. Esta lucha agónica no impide que el Caba-

llero de la Triste Figura en un momento diga: «*yo no puedo más*» [II, 29], pero prosigue el esfuerzo y se empeña en nuevas aventuras.

Cervantes escribe la universal obra en su madurez, y con esta edad adentra a Don Quijote en la aventura: «*frisaba en la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años*» [I,1]; tiempo suficiente para que los hombres ya estén cargados de experiencia y reflexión; y en este caso para no dejarse morir, «*porque la mejor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más*» [II, 64], dirá Sancho. Y dejarse morir para Cervantes, es arruinarse en la rutina; de ésta sale el caballero para «*ser artífice de su aventura*» [II,66].

Transformar lo engañoso de lo circundante, oponerse a la malicia social es la tarea, luchar para la vuelta de una sociedad justa y con un gobierno perfecto, una república bien ordenada

Transformar lo engañoso de lo circundante, oponerse a la malicia social es la tarea y, a la vez, luchar para la vuelta de una sociedad justa y con un gobierno perfecto, «una república bien ordenada» y habitada por hombres libres y diligentes, las actitudes necesarias para dar el auténtico linaje a hombres iguales. Así, Sancho, hombre rústico, recibe la lección ético-política de Don Quijote (o de Cervantes) e inicia su gobierno mediante ordenanzas que corrijan abusos y suprimiendo los tratamientos desiguales: «*Yo imagino que en esta ínsula debe haber más dones que piedras... yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos*» [II, Cap. 45], dirá Sancho. De igual modo don Quijote le recomienda a Sancho que visite plazas y mercados.

Ciertamente, tras el personaje del ingenioso hidalgo, *alter ego* de Cervantes, se refleja la aspiración a otro modelo de mundo, pero en éste, «una república bien ordenada», cual una ínsula Barataria.

Carmen Calvo Poyato es Ministra de Cultura.